

Don Quijote de la Mancha

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

AÑO II

Núm. 65

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
(PAGO ADELANTADO)

En la capital al mes..... 1 peseta
Fuera de la capital trimestre..... 3 pesetas

DIRECTOR-PROPIETARIO

D. EMILIO BERNABEU Y NOVALVOS

CIUDAD-REAL 11 DE FEBRERO DE 1903.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALATRAVA, 19

SE PUBLICA

LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

Mitín agrícola en Ciudad Real

El Excmo. Sr. Conde de la Cañada, diputado por este distrito, nos participa en carta que á continuación publicamos, el acuerdo de celebrar un mitín agrícola en Ciudad Real, el día 15 de Febrero.

La idea no puede ser más digna de encomio y merece su autor nuestro distinguido amigo el Sr. Conde de la Cañada, plácemes por ocuparse de la resolución de un problema tan importante, como es el del mejoramiento de la agricultura y de las reformas que deben implantarse para mejorar la angustiada situación de los terratenientes.

El joven exministro de Agricultura D. Rafael Gasset, vendrá el día 14 víspera del mitín, en el tren rápido con objeto de presidir la reunión de todos los elementos que de la capital y fuera de ella han de congregarse en el teatro de Verano el día 15.

El recibimiento que se prepara al Sr. Gasset, será el más entusiasta posible, pues sabido es de todos las generales simpatías que tiene en Ciudad Real el distinguido exministro de Agricultura.

Lo carta circular que nos dirige el Sr. Conde de la Cañada está concebida en estos términos:

Sr. D. EMILIO BERNABEU.

Mi distinguido amigo: Conocida es de todos la crisis porque atraviesa nuestra agricultura y por lo tanto, la necesidad que existe de levantar el espíritu de la opinión pública, en demanda de su protección. Con este exclusivo objeto, se ha de celebrar en esta capital un mitín el día 15 del actual, organizado por varios agricultores de Ciudad Real, al que concurrirán todas las personalidades más importantes de la provincia que tienen relación con esta riqueza. También ha sido invitado el Excmo. Sr. D. Rafael Gasset, que como es sabido, presta notoria predilección á esta clase de trabajos.

En deseo de dar mayor publicidad al acto para que llegue á conocimiento de todos los agricultores en general por si tuvieran gusto de asistir, le ruego haga públicas estas manifestaciones en el periódico de su digna dirección.

Rogándole también la asistencia de un representante de su bi-semanal, queda suyo affmo. s. s. y amigo q. b. s. m.

EL CONDE DE LA CAÑADA.
8 Febrero 1903.

LA MEDIA NOCHE

¡Fecundas horas del amor! ¡Divino Intervalo de claras transparencias!
Todo reposa en infinita calma;
¡Triste de aquel que desvelado espera!
Las sombras han borrado los linderos;
Los pinos sonolientos cabecean;
Corren las aguas por los hoados cauces,
Y en el redil se apiñan las ovejas.
¡Es ya la media noche; las campanas
Clamaron en la torre de la iglesia;
En el corral vecino canta el gallo;
Se revuelve en el lecho la doncella,
Y abre da par en par sus grandes ojos
Pensando en el amor que la desvela,
Mientras que en el cristal de la ventana
Fosforece la luz de las estrellas!
Tercia su capa el rondador medroso;
Tociendo fuerte la guitarra temple;
Echa el sombrero atrás, escupe, y canta
Sus placeres, sus dudas y sus quejas.
¡Interminables horas de amargura
Para el que enfermo, dolorido vela,
Y mira ansioso trascurrir las horas,
Y sus minutos por quejidos cuenta!
Meca la madre cariñosa al niño
Que asustado en la cuna llora y tiembla,
Ampara y cubre su pequeño cuerpo,
Sus frescos labios como loca besa,
Con ese modo de besar tan puro
Que ninguna pasión del mundo lleva.

¡Nadie sabe besar como las madres!
¡Es el beso más noble de la tierra!

Arracido en el alto parapeto
Se arropa en su capote el centinela,
Malhumorado por el sueño, escucha
Y repite las voces del aljerta!
La requisa en los patios del presidio
Prueba los hierros de las altas rejas,
Mientras en los oscuros calabozos,
Y á media voz que enronquece la pena,
El sentenciado á muerte llora y canta
Al bárbaro compás de su cadena.
Silba en la calle la canalla; el vicio
Honra y dinero en el tapete juega:
Mares de blanca luz orlan y cubren
La soberana frente del poeta,
Y el sabio ansioso, en su taller devora
Los últimos principios de la ciencia,
Por la madre razón agigantando
Fundé su cráneo con la luz eterna.

¡Fecundas horas del amor! ¡Divino Intervalo de claras transparencias!
¡Ah! Cuántas veces á la media noche
Con el miedo inveniible del que espera,
Tembloroso en la calle te aguardaba,
Temblorosa bajabas á la reja,
Y al fin hallaba en tu encendida boca
El pago de mis dulces impaciencias!
MANUEL PABO.

¡Gloria á los muertos!

En Madrid ha surgido un pensamiento hermoso que debe reflejarse en toda España, en cada una de sus poblaciones importantes, en los pueblos, en las aldeas y en los campos,

Levantar un monumento que perpetúe entre los hombres la noble conducta de los héroes anónimos, que murieron en inhospitalarias tierras por defender una patria que á muchos no se les había antes enseñado á amar, es idea que todo español ha de recoger con cariño, propagar con entusiasmo y ver de procurar sea un hecho digno del pueblo á quien, si fué la suerte aciaga en Cavite y Santiago, ó quiso la Providencia cegar los ojos de quienes estuvieron obligados á ver en aquellos días, puede enorgullecer el que en él—en el pueblo—que nada allí esperaba, ni ascensos que le dieran la abundancia y la influencia, ni honores, ni laureles, había soldados que se llamaban Eloy Gonzalo y capitanes que supieron hundirse con sus barcos miserables como Cadarso.

Audamos pues de todas partes, y no sea Ciudad Real la capital que menos contribuya á rendir este homenaje de respeto y de cariño á quienes debemos el sacrificio de su patria, de su familia, de su sangre y de sus vidas.

Al efecto, periódicos de Madrid y algunos ya de provincias, la benemérita Asociación de la Cruz Roja y muchas y diversas corporaciones, han comenzado los trabajos de formación de Juntas y Comisiones para formalizar una suscripción, lo más numerosa que se pueda en la que no debe faltar ningún español que con una cantidad por pequeña que sea, ayude á levantar el monumento que recuerde los muertos en las desgraciadas campañas que hemos presenciado, en las cuales tantas insensatas ilusiones, tanta sangre generosa, tanto dinero—sangre de la vida material de los pueblos—se han sacrificado. Ni este ni aquellas pueden ya recogerse. Tampoco, por desgracia, las vidas segadas en flor podemos hacer resurgir; pero olvidando todo lo que no es esto, si podemos y debemos elevar una oración por los que fueron y esculpir en mármoles la memoria de millares de nombres desconocidos para que nuestros hijos puedan juzgar si en el siglo XIX había sangre de héroes en España, si había fuerzas vivas, ó si lo que faltaron fueron estas ó acierto en quien pudo dirigir los esfuerzos de todos.

EL BACHILLER ALONSO LÓPEZ.

Después de publicar en este número el artículo titulado «Gloria á los muertos», de nuestro colaborador el Bachiller Alonso López, creemos oportuno publicar el manifiesto que dirige á toda España la comisión encargada de erigir un monumento nacional á los soldados y marinos muertos en las campañas de Cuba y Filipinas. Es una alocución hermosa y sentida como verán los lectores:

A los españoles

He aquí, ciudadanos, que en estos tiempos en que resurgen, evocados por el arte, insignes españoles que honraron á su patria en días remotos, permanece olvidada una anónima generación heroica que pereció en silencio. Tienen imperecedero recuerdo nuestros poetas y nuestros sabios; le fa ta al pueblo que en cercano desastre perpetuó el espíritu de la España caballescaca. La generación de un pueblo laborioso y

fuerte ha de comenzar con estos actos de propio conocimiento y de justicia propia. Y la juventud intelectual española pretende, en el presente caso, la honra de iniciar esta obra de reparación gloriosa.

Queremos que los españoles que sucumbieron en las guerras coloniales tengan un sencillo recuerdo. Ellos labraban nuestros campos y movían nuestras máquinas; eran sencillos, eran buenos, eran felices en sus tierras y en sus talleres. Un día dejaron las máquinas, pusieron en un rincón la esteva y abandonaron sus pueblos entre sollozos y entre lágrimas de la madre, entre resignados presentimientos del padre. Acaso este hijo no volvería á llevar sus yuntas por las estepas manchegas, ni volvería á apalearse alegremente los olivares béticos, acaso *allá abajo* le esperaban la fiebre, el machetazo, las balas... Luego el mozo partió: en el umbral una vieja cansada y un viejo encorvado miran silenciosos, inmóviles, perderse á lo lejos la silueta. Y la puerta se cierra y comienza la espera trágica, los silencios dolorosos, los augurios con que los pequeños é imprevistos detalles—una carta de luto, una canción, un espejo que se rompe—inquietan nuestra vida... En un rincón la esteva permanece inactiva. Y cada tres meses, inexorablemente, un diminuto papel timbrado reclama los rendimientos de los campos baldíos.

Y pasan días, pasan meses, pasan años. Tal vez llega una carta. Y esta carta, de gruesos garrapatos, dice que la guerra es muy dura, que llueve mucho, que tienen que andar mucho, que á veces comen poco, que hay una porción de enfermedades, que los enemigos les acochen escondidos...; pero que á ellos no les importan los machetazos y las fiebres, que ellos son valientes, y que ellos se acuerdan á todas horas *del pueblo*.

Los viejos callan y lloran. Acaso vuelva, sí, acaso vuelva. Y un día ven entrar en el pueblo á un mozo pálido, exangüe, flaco, vestido con un sucio traje á rayas, que camina lentamente, que parece atontado, que casi no conoce á nadie, ni acierta á coordinar cuatro palabras. Y esta pobre vieja temblorosa y este pobre viejo encorvado vuelven á callar y vuelven á llorar más largamente, porque este mozo no es ya aquel hijo fuerte que se marchó *allá abajo*, y porque ya no podrá empuñar la esteva, que permanecerá ociosa mientras las viñas se llenan de jaramagos y mientras el fisco manda sus papellitos implacables...

Y así como en este hogar, en todos los hogares españoles: los hijos han sucumbido heroicamente—¡eran hidalgos castellanos!—allá en la guerra; los padres se entristecen y sollozan con sus recuerdos. ¿Por dónde pararán los restos del hijo amado? ¿En qué sitio estarán sus huesos? Y todos los años, en el día de los recuerdos, en esta fiesta conmovedora de los amores pasados, estas pobres viejas, vestidas de negro, con la cara pajiza, con las manos trabadas; estas pobres viejas que viven en las llanuras castellanas, en los campos andaluces, en las montañas catalanas, en los prados gallegos; estas pobres viejas lloran sin saber á dónde dirigir su memoria, porque el hijo que evocan reposa en un país remoto, separado de España por una infinita mancha azul.

He aquí, ciudadanos nuestros, por qué pedimos un sencillo monumento que sirva para concretar el recuerdo de tanta gente buena y resignada, y que sea como símbolo de nuestro afecto y de nuestra admiración entusiasta. Haced poco, un ilustre soldado que, como Garcilaso, ha sabido mover reciamente la espada y manejar con elegancia la pluma, pedía este homenaje que ahora nosotros pedimos; «A lo largo